

Reflexiones sobre la pobreza, sus causas, y el capital social

Resumen:

Si bien las transformaciones económicas a nivel mundial y nacional explican el crecimiento de los problemas de empleo y, por consiguiente, el deterioro social, sectores afines a las llamadas políticas neoliberales hacen hincapié en la responsabilidad individual de las personas afectadas en términos de falta de capacidades y activos.

La teoría del capital social, al no asumir una postura crítica frente a las transformaciones regresivas y a la relación histórica entre los procesos de acumulación capitalista y la pobreza, legitima el actual orden económico y, por lo tanto, no puede representar una solución frente a las desigualdades y el empobrecimiento que este genera.

Palabras claves: Pobreza, capitalismo, desocupación, capital social.

Summary:

Even if the worldwide and nationwide economic transformations explain the rise of employment matters, and therefore, the social detriment which comes along, sectors linked to the so-called neoliberal politics emphasize the individual responsibilities of the affected ones based on their lack of capacities and assets.

While social capital theory does not take a critical stance on the regressive transformations and the historical ties between capitalist accumulation and poverty, it legitimizes the present economic order - hence it cannot provide with a solution for the inequalities and impoverishment that it produces.

Key words: Poverty, capitalism, unemployment, social capital.



Ariel Osatinsky, aosatinsky@yahoo.com.ar, <https://orcid.org/0000-0001-9931-4912>, Doctor en Ciencias Sociales (Orientación Geografía) Grado. Universitario de posgrado/doctorado, Campo de aplicación. Des.Socioecon.y Serv.-Otros, Especialidad. Geografía Económica, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /Centro Científico Tecnológico CONICET-Tucumán /Instituto Superior de Estudios Sociales /Universidad Nacional de Tucumán /Instituto Superior de Estudios Sociales.

Introducción

La Argentina concentra graves problemas sociales. La desocupación y la subocupación, el empleo informal y la pobreza han tenido una expansión significativa en los últimos 50 años. Si bien hubo períodos de crecimiento económico (en la década de 1990 o en la primera del siglo XXI), estos no lograron revertir una tendencia que se manifiesta creciente en el largo plazo, develando el carácter estructural que tienen el deterioro laboral y social en virtud de los patrones de acumulación capitalista.

La desocupación y subocupación en los primeros años de la década de 1980 afectaban aproximadamente al 10% de la población económicamente activa (PEA). Ese valor alcanzó el 30% en el período 1995-2001, y el 40% en 2002¹. A partir de 2003, si bien la desocupación y subocupación tuvieron un descenso, continuaron afectando a un porcentaje importante de la PEA: 22,2% en 2005, 15,6% en 2010, 17,9% en 2016, 22,2% en 2019, 25,1% y 20,4% en 2020 y 2021 respectivamente².

Por su parte, la población bajo la línea de pobreza en el total de aglomerados urbanos del país creció entre 1998 y 2001 de 30,6% a 37,8% (Beccaria, 2007, p. 560), llegando en el segundo semestre de 2002 a afectar al 57,5% de la población de los aglomerados³.

1 Todos los datos son de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del INDEC (mediciones de abril/mayo).

2 Mediciones del 3° trimestre de cada año. Cabe mencionar que la EPH tuvo cambios metodológicos importantes a partir de 2003.

3 Dato de la EPH del INDEC. Se cuenta con información sobre población bajo la línea de

A partir de 2003 tuvo un descenso, aunque todavía en el segundo semestre de 2006 el 26,9% de la población de los centros urbanos era pobre. Para el período 2007-2015 no se cuenta con estadísticas confiables del INDEC⁴. Sin embargo, el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la UCA estima que la pobreza afectaba en 2010 al 31,8% de la población de los aglomerados, mientras que ese valor para 2015 era de 30%. Se cuenta nuevamente con información del INDEC sobre pobreza desde 2016, siendo por entonces 30% la población pobre en los aglomerados del país, valor que llegó a 42% y 40,6% en el segundo semestre de 2020 y primer semestre de 2021 respectivamente.

Esta crítica situación social dio lugar a diversos estudios orientados a encontrar una explicación de sus causas y consecuencias. Una parte importante de estas investigaciones analizan las transformaciones económicas acontecidas a nivel mundial y nacional desde mediados de la década de 1970, y su impacto en el mercado de trabajo, entendiendo que son los procesos que explican el incremento de la pobreza. Por su parte otros trabajos, sobre todo desde la década de 1990, hacen hincapié en la responsabilidad individual de las personas afectadas en términos de falta de capacidades y activos. En particular, se ha desarrollado una línea teórica sobre el capital social que explica la pobreza desde la carencia de iniciativa y capacidad organizativa.

En ese sentido, el presente artículo tiene

pobreza e indigencia en los aglomerados del país a partir de los últimos años de la década de 1990.

⁴ A partir de 2007, la creciente inflación, la crisis económica mundial, y el menor crecimiento de la economía nacional, impactarían en la pobreza. A partir de ese año, y hasta 2015, las estadísticas del INDEC pierden credibilidad debido a la intervención estatal del organismo. Incluso, para el lapso de 2013-2015, no se publicaron datos referidos a la pobreza e indigencia de los aglomerados urbanos.

por objeto reflexionar sobre los procesos vinculados al crecimiento de la pobreza, y el alcance y utilidad del concepto de capital social. Se busca indagar si efectivamente este último puede ser considerado un concepto que abona al campo de los estudios de la pobreza y una herramienta útil en su combate.

El trabajo consta de diferentes partes. Un primer apartado hace referencia a las consideraciones teóricas; el segundo desarrolla el vínculo que existe entre el modo de producción capitalista y la pobreza; el tercero examina las transformaciones económicas regresivas que acontecieron desde fines del siglo XX, y sus consecuencias en el mercado de trabajo, vinculando el crecimiento de la pobreza con esos procesos. Los últimos apartados describen el concepto de capital social, en particular el sentido que se le dio desde las teorías neoliberales, y desarrollan un punto de vista crítico sobre los intereses que poseen quienes difunden, desde una perspectiva neoliberal, la noción de capital social como salida a la problemática de la pobreza.

Consideraciones teóricas

Si bien existe una diversidad de definiciones sobre el concepto de pobreza, en este trabajo la vinculamos con la ausencia de satisfacción de ciertas necesidades consideradas básicas o esenciales, o bien con la carencia de medios que permitan lograr niveles de satisfacción considerados adecuados. El término “necesidad se refiere a la carencia de bienes y servicios materiales requeridos para vivir y funcionar como un miembro de la sociedad” (Feres y Mancero, 2001, p. 9). La carencia de medios o recursos expresa la falta de ingresos necesarios para hacer efectivo en consumo de bienes y servicios⁵.

⁵ Cabe acotar que las definiciones y clasificaciones tradicionales de pobreza, al igual que sus métodos de medición más conocidos como ser el de las

Un aspecto central en la explicación de la pobreza, pasa por el análisis de la actividad económica ya que, al producir los bienes y servicios que posee una determinada sociedad, es la fuente generadora de los ingresos con los que cuenta. Y es importante destacar que

[...]la forma de distribuir y el destino dado a la riqueza generada no conforman un acto posterior a la producción: son una parte intrínseca de la actividad económica. (Lindenboim, 2005, p. 14)

En el vínculo que existe entre las transformaciones económicas y la pobreza, no se puede dejar de tener presente a la población con problemas de empleo. “Uno de los elementos comunes a todas las situaciones de pobreza [...] es la insuficiencia de ingresos” (Lo Vuolo *et al.*, 2004, p. 126). Una persona sin ocupación no participa del proceso de creación de bienes y servicios y, por lo tanto, queda marginada de la distribución de riqueza que surge en el proceso de producción. A su vez, aquellos que se encuentran ocupados, pueden sufrir condiciones precarias de empleo como así también disminuciones en su salario real (Lindenboim, 2005).

Mientras que los ocupados son todas aquellas personas que poseen una ocupación, desocupados serían aquellas que, sin tener un empleo, lo están buscando activamente. Ambos grupos conforman la PEA. A su vez, dentro de los ocupados importa distinguir a los subocupados, que son aquellos traba-

Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) o la Línea de pobreza, no consideran pobre a un grupo importante de la población, a pesar de que no alcanzan condiciones dignas de vida. Son nociones que apelan “a un sujeto que estaría confinado a satisfacer sólo necesidades de muy bajo perfil, elementales. (...) Para dejar de ser pobre bastaría con un poco más de ingresos y acceso a salud y educación, aunque se permanezca excluido casi completamente de la mayoría de los bienes materiales (...) complejos que producen las sociedades actuales” (Espina Prieto, 2008, p. 63).

jadores cuya ocupación es menor a las 35 horas semanales por causas involuntarias (Neffa, 2005). Así, desde un punto de vista estadístico, la población con problemas de empleo abarca al conjunto de personas que se encuentran desocupadas y subocupadas.

Cabe destacar que la conceptualización que las estadísticas hacen de la población con problemas de empleo, excluye un sector importante de la población que posee dificultades laborales, como ser aquellos que sin tener ocupación de manera involuntaria no la están buscando por diversos motivos.

La informalidad laboral es otro de los graves problemas de empleo que afecta a un número creciente de trabajadores. Aquellos que se encuentran trabajando “en negro”, sin estar registrados, no perciben aportes a la seguridad social, no poseen protección frente a los accidentes de trabajo ni obra social, no cobran asignación familiar, y en caso de despido no tienen derecho al cobro de una indemnización. El salario real que reciben es, en general, notablemente menor a las remuneraciones que reciben los trabajadores del sector formal de la economía.

Otro de los fenómenos que perjudica notablemente a los trabajadores es la expansión de las condiciones precarias de empleo. “[...] empleados de medio tiempo, temporarios, personal con contratos de tiempo establecido, subcontratados y aprendices públicamente subsidiados, con menos seguridad laboral” (Harvey, 1998 [1990], p. 174) son algunos ejemplos de relaciones de empleo precarias que afectan sobre todo a aquellos empleados de manera informal, aunque también fueron adquiriendo más espacios en el mercado de trabajo formal.

Capitalismo y pobreza

La pobreza es un fenómeno que estuvo siempre vinculado a la economía. “Los cam-

bios en la pobreza resultan, en gran medida, de cambios que tienen lugar, a diferentes niveles, en el conjunto de la economía” (Lo Vuolo *et al.*, 2004, p. 125). En ese sentido, “... más allá de la heterogeneidad espacial asociada a las condiciones naturales o la herencia histórica, el factor clave de las desigualdades se asocia a la propia lógica de funcionamiento del sistema económico” (Méndez, 1997, p. 322). Si bien se trata de una relación que estuvo presente a lo largo de la historia en diferentes sistemas económicos, en los siguientes apartados los conceptos, procesos y fenómenos mencionados en su mayor parte hacen referencia al vínculo particular que se desarrolló (y se desarrolla) entre pobreza y economía en la actual organización económica y social capitalista.

Uno de los aspectos más relevantes de este vínculo es el referido a las condiciones de empleo de la clase trabajadora. Importa señalar que el capitalismo incorporó en sus primeros tiempos una enorme cantidad de personas al trabajo fabril transformándolas en asalariadas. No fue un proceso voluntario ni plasmado en un lapso breve:

[...] fundado en la violenta separación de la masa de productores directos del control sobre los medios de producción, el surgimiento del trabajo asalariado –personas que venden su fuerza de trabajo para vivir– es el resultado de varias revoluciones, de la extinción de series enteras de modos de producción anteriores. (Marx, 1967, citado por Harvey, 1998 [1990], p. 124)

Bauman, reflexionando sobre los métodos utilizados para incrementar el número de personas dispuestas en aquel entonces a adoptar la condición de asalariados, afirma que, en las primeras décadas del siglo XIX,

[...] las condiciones ofrecidas a la gente sostenida con el auxilio recibido, y no con su salario, debían hacerles la vida menos atractiva que la de los obreros más pobres y desgraciados. Se esperaba que,

cuanto más se degradara la vida de esos desocupados, cuanto más profundamente cayeran en la indigencia, más tentadora o, al menos, menos insoportable les parecería la suerte de los trabajadores pobres, los que habían vendido su fuerza de trabajo a cambio de los más miserables salarios. (Bauman, 2005 [1998], p. 27)

De esta manera, el empobrecimiento fue ya desde los primeros tiempos del capitalismo, un mecanismo para forzar la incorporación al trabajo asalariado en las fábricas. La legislación en Inglaterra en las décadas de 1820 y 1830 apuntó a reducir la asistencia de los sectores indigentes de la sociedad, limitándola a quienes estaban dispuestos a estar reclusos en hospicios para pobres que se caracterizaban por sus pésimas condiciones. Al abolir la ayuda externa, quienes no estaban dispuestos a soportar la vida en los asilos, debían aceptar trabajar en las fábricas, con salarios miserables y rutinas extenuantes y tediosas (Bauman, 2005 [1998]). El capitalismo como sistema de explotación, condenaba también a los asalariados a la pobreza, al tener que trabajar en condiciones terribles, con bajos salarios y extensas jornadas (Hobsbawn, 1997 [1962]). Las luchas de la clase obrera irían poniendo límites a la explotación de los capitalistas y logrando conquistas laborales y sociales.

Con el correr de las décadas, si bien hubo mejoras en las condiciones de vida en general como resultado de los avances científicos y tecnológicos, y en particular debido a la lucha de los trabajadores que conquistó el reconocimiento de derechos laborales⁶, la pobreza continuó siendo un fenómeno extendido. Hay que tener pre-

6 “De manera no relacionada directamente con el trabajo realizado, sino con la situación familiar, se instaló posteriormente un salario indirecto destinado a cubrir diversos aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que dio nacimiento a los sistemas de seguridad social” (Castel, 1995, citado por Féliz y Neffa, 2006, p. 59).

sente que el desempleo es una característica del capitalismo, ya que “cumple un papel fundamental como mecanismo de coerción societal para garantizar la explotación del trabajo por el capital” (Féliz y Neffa, 2006, p. 57)⁷. Esta superpoblación relativa es usada por los capitalistas como un instrumento de presión sobre los ocupados, para imponer una mayor precarización en sus condiciones de trabajo, acentuando la explotación que sufren (Féliz y Neffa, 2006).

El capitalismo tiende a generar una masa creciente de superpoblación relativa o ejército de reserva industrial. Por un lado, la acumulación del capital y la expansión a nuevas esferas de la producción, destruyendo anteriores formas no capitalistas de organización de la producción, implica un incremento en la oferta de fuerza de trabajo. A su vez, el constante incremento de la productividad de los trabajadores provoca una disminución de la demanda de fuerza de trabajo, agravando el problema de la desocupación. Este proceso, a su vez, acentúa la desigualdad social, ya que la mayor productividad de la fuerza de trabajo incrementa el valor de la producción, “sin que se dé (necesariamente) un incremento simétrico en el nivel de los salarios. De esta forma, se observa una reducción tendencial en la participación del salario en el ingreso” (Féliz y Neffa, 2006, p. 60).

El ejército de reserva industrial es usado también por el capital, en una fase de expansión económica, para aumentar rápidamente la ocupación, de tal forma de garantizar su valorización y lograr maximizar sus ganancias.

Partimos de reconocer entonces “la estrecha relación entre los procesos de acumulación

7 El capital produce de manera normal a una porción de la clase obrera que no consigue vender su fuerza de trabajo o que solo lo hace a condición de venderla por debajo de su valor afectando su normal reproducción (Seiffer y Arakaki, 2019).

capitalista, el funcionamiento de la estructura socio-ocupacional y los fenómenos de la pobreza y la desigualdad social” (Salvia, 2007, p. 38). Estos fenómenos

[...] se generan en la esfera productiva, donde una división social del trabajo sustentada en la propiedad privada sobre los medios de producción crea mecanismos de explotación del capital sobre (los trabajadores). (Estos son expropiados) de parte de los bienes que (producen y son retribuidos) por debajo de su valor, asegurando la transferencia sistemática de parte del fondo de consumo de los asalariados al fondo de acumulación del capital. (Espina Prieto, 2008, pp. 52-53)

Los problemas de empleo generados por el capitalismo se agravaron desde los años 70 del siglo pasado, e impactaron de un modo regresivo en las condiciones de vida de un creciente porcentaje de la población, como se describe a continuación.

Problemas de empleo y pobreza en las últimas décadas del siglo XX

A partir de la década de 1970, el capitalismo ingresó en una nueva fase de crisis, que se caracterizó por la suba del precio del petróleo, una sobreproducción de bienes y una sobreacumulación de capitales. Marcó el fin del “Estado de Bienestar” y del Fordismo como emblema de la producción capitalista (Harvey, 1998 [1990]; Navarro, 1998; Rapoport, 2000). Las reformas estructurales que fueron expandiéndose en las distintas economías del mundo, transformaron al desempleo, a la subocupación, al empleo informal y la precariedad laboral, en las características sobresalientes de los mercados de trabajo, provocando que millones de habitantes de diferentes países y continentes se encuentren afectados por la pobreza.

En general, en gran parte de los textos de Economía, la noción de crecimiento

económico se asocia con una disminución de la pobreza, ya habría un descenso en la desocupación y una mejora de los salarios y condiciones laborales. Por el contrario, en las fases recesivas habría un incremento en la pobreza producto del mayor desempleo y el deterioro de los salarios.

Pero la evidencia indica que a partir de la etapa que se inicia a mediados de los años 70 del siglo pasado fueron crecientes las situaciones en diversas regiones del mundo en donde hubo una coexistencia de un crecimiento económico y un incremento de los problemas de empleo. Los procesos de reformas o ajustes estructurales, la rápida destrucción y reconstrucción de calificaciones, los métodos de producción automatizada y la declinación permanente de una industria o su reubicación geográfica provocaron un incremento de la desocupación (Harvey, 1998 [1990]; Ferullo *et al.*, 1999).

En ese sentido, importa señalar que desarrollo y crecimiento económico consisten en dos fenómenos diferentes.

El crecimiento económico registrado en países y regiones no siempre se ve acompañado por una mejora paralela en las condiciones de vida que disfruta la mayor parte de su población, aspecto que tiene relación directa con las condiciones sociales y políticas que determinan la forma en que se reparte el excedente generado, tanto entre las personas como entre los territorios. Desde esa perspectiva (...) el desarrollo se concibe, prioritariamente, como un concepto asociado de forma directa al (...) bienestar social (Méndez, 1997, p. 329).

Consideramos que, si una economía experimenta un crecimiento, este puede no traducirse en un mayor bienestar, si ese proceso de aumento de la producción de bienes y servicios se realizó con trabajadores afectados por la precarización, la informalidad y los bajos niveles salariales, manteniendo desocupada una parte importante de la población.

La propia dinámica del capitalismo se caracteriza por una creciente competencia entre los capitalistas, buscando cada uno apoderarse de mayores porciones del mercado. En esta confrontación, cada capitalista busca mediante la constante innovación de la tecnología y las formas organizativas del trabajo, acrecentar sus ganancias, condición que a su vez elimina de la competencia a aquellos capitales pequeños y más débiles.

Este proceso de concentración y centralización del capital se aceleró notablemente con la crisis de mediados de los años 70 que marcó la finalización del crecimiento económico a tasas extraordinarias y de la notable expansión del comercio internacional, y que provocó la búsqueda permanente de nuevos mercados y negocios que permitiesen recuperar la tasa de ganancia alcanzada en la etapa anterior. La apertura económica, la liberación y desregulación de los mercados (en particular el financiero), las privatizaciones, la política económica basada en el ajuste fiscal, fueron algunos de los instrumentos utilizados para lograr la

[...] emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa [...] cambios acelerados en la estructuración del desarrollo desigual, tanto entre sectores como entre regiones geográficas. (Harvey, 1998 [1990], pp. 170-171)

Estas transformaciones económicas tuvieron un impacto regresivo en los mercados de trabajo, agravando los problemas de empleo con crecientes niveles de desocupación y un deterioro laboral cada vez mayor. Sucede que, como se dijo,

[...] para aumentar su tasa de ganancia, los capitales innovadores revolucionan continuamente los métodos de producción y terminan aumentando la productividad del trabajo. Una vez que estos pierden el monopolio de la innovación se establece un

nuevo estándar tecnológico, que permite obtener los niveles previos (o superiores) de producción con menor consumo de fuerza de trabajo. (Ramos, 2004, p. 5)

La innovación tecnológica termina generando una mayor desocupación, a lo que se suma las pérdidas de fuentes de trabajo provocadas por la quiebra y el cierre de numerosas empresas, y el agravamiento de las condiciones de trabajo en los sectores económicos en crisis.

Se podría argumentar que la desocupación creada en una rama de la economía puede ser compensada por nuevas fuentes de empleo en actividades productivas que surgen en otras ramas con el desarrollo de la economía. Sin embargo, el avance tecnológico no es patrimonio de una determinada actividad económica, sino que tiene lugar en todos los sectores de la economía; en algunos en forma temprana, en otros con el paso del tiempo.

Importa señalar que este desarrollo tecnológico, que alcanzó niveles nunca antes conocidos desde fines del siglo XX, permitiendo el incremento notable de la productividad en sectores de la economía, "...puede servir para aumentar la renta empresaria (aumento de la productividad y menor costo laboral), o para ampliar la disposición de bienes a partir de su abaratamiento y una mayor capacidad de demanda" (Lindenboim, 2006, p. 5). Sin embargo, lo que podría significar menos horas de trabajo para los trabajadores, en la actual organización económica, se traduce en mayor desocupación e incremento de los problemas de empleo.

En la dinámica económica predominante desde fines del siglo XX, de apertura comercial, desregulación y mercados cada vez más competitivos,

[..] el crecimiento económico (...) va siempre unido al reemplazo de puestos de trabajo estables por 'mano de obra flexible', a la sustitución de la seguridad laboral por

‘contratos renovables’, empleos temporarios y contrataciones incidentales de mano de obra, y a reducciones de personal, reestructuraciones. (Bauman, 2005 [1998], p. 68)

Por ello, junto a la desocupación, el empleo informal y la precariedad laboral son otros de los problemas laborales que adquirieron notoriedad a fines del siglo XX.

A comienzos de los años 80 muchos estudiosos consideraban que el crecimiento del empleo informal podía resultar un fenómeno típicamente coyuntural y tender a desaparecer. No obstante, la década del '80 demostró que su crecimiento era persistente (Panaia, 2000). A partir de la década de 1990, con la implementación de la flexibilidad laboral, el crecimiento del empleo “en negro” se aceleró, fruto de la expansión de las condiciones precarias de trabajo y la inestabilidad laboral. Ante las escasas posibilidades de encontrar ocupación en el sector formal de la economía, el empleo informal fue la única opción que les quedó a numerosos trabajadores que habían quedado desocupados, o que estaban trabajando y sufrieron el cambio en la modalidad de contratación, o bien se habían incorporado recientemente a la fuerza de trabajo activa.

Teniendo presente la dinámica económica y laboral mencionada, no es extraño que desde mediados de los años 70 la pobreza se haya incrementado notablemente en la mayoría de las regiones, y que la distribución del ingreso fuese cada vez más regresiva. Y estos fenómenos sociales, muchas veces, tienen lugar con independencia del ciclo económico que se encuentre atravesando la economía. La “pobreza se agrava con el crecimiento económico de la sociedad y se intensifica también con la recesión y el estancamiento” (Bauman, 2005 [1998], p. 68). La actual dinámica económica implica que las fases de expansión favorecen principalmente a los sectores de mayores ingresos, mientras que en los períodos recesivos son los grupos de menores ingresos los que sufren el peor impacto.

América Latina es una de las regiones en donde las transformaciones económicas mencionadas tuvieron mayor alcance. Con gobiernos que fomentaron la desregulación y liberalización de los mercados, considerando a estos como los “instrumentos más eficientes de asignación de recursos”, el Estado adquirió un rol diferente promoviendo las reformas estructurales que incrementaron los problemas de empleo y la flexibilización en el mercado de trabajo, lo que se tradujo en un deterioro laboral y social nunca antes conocido. Numerosas regiones experimentaron el carácter contradictorio que tiene el “progreso” en las relaciones económicas actuales⁸. Abundan los ejemplos de cómo los avances tecnológicos aplicados a diversas producciones ocasionaron la pérdida de trabajo para un número importante de trabajadores, o bien, alteraron los modos de producción en desmedro de los asalariados y pequeños productores en diferentes lugares. Este proceso generó, a su vez, “pobreza bajo la forma de desempleo que inhabilita por tiempo considerable, o para siempre, a personas (...) para la obtención de ingresos mediante el trabajo” (Maza Zavala, 2000, p. 160).

Como se describió, el deterioro social es un proceso ligado a las características del actual orden económico: la pobreza forma parte de la dinámica socioeconómica del capitalismo. Sin embargo, a medida que avanzaban las transformaciones económicas y sociales regresivas de fines del siglo

⁸ Al respecto Lindenboim afirma: “...con los extraordinarios aumentos de productividad generados por las modernas tecnologías y medios de transportes y comunicación, se trata también de que la nueva instalación no destruya lo previamente existente. ¿De qué sirve a la larga a la sociedad un supermercado ultramoderno, por ejemplo, si a cambio de la creación de unos cientos de puestos de trabajo se destruyen otros miles, a causa del cierre de centenares de pequeños y medianos comercios y de parte de la industria que los abastecía?” (Lindenboim, 2006: 5).

XX, desde diversos sectores dominantes que tienen el poder económico, hubo un esfuerzo notable en ocultar estos vínculos, difundiendo la idea de que, si bien la pobreza se relacionaba con cambios acontecidos en la economía y el mercado de trabajo, no era en el plano de las relaciones sociales de producción adonde había que apuntar en la búsqueda de soluciones. Una de las estrategias más importantes en ese sentido fue la noción de capital social, muy difundida desde los años 90 como herramienta para poder salir de la pobreza.

El sentido del paradigma del capital social

Cuando se intenta definir al capital social, se puede apreciar la ambigüedad que encierra este concepto, lo que lleva a que posea distintas interpretaciones. Para Bourdieu

[...] el capital social es el conjunto de los recursos actuales o potenciales vinculados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento, [...] o, dicho de otro modo, a la pertenencia a un grupo, en el cual sus miembros están unidos por “vínculos permanentes y útiles” que se basan en intercambios materiales y simbólicos (Bourdieu, 2001; citado Arias, 2012, p. 117).

Por su parte, Robison *et al.* definen al capital social como

[...] los sentimientos de solidaridad de una persona o un grupo por otra persona o grupo. Esos sentimientos pueden abarcar la admiración, el interés, la preocupación, la empatía, la consideración, el respeto, el sentido de obligación, o la confianza respecto de otra persona o grupo (Robison *et al.*, 2003, p. 57).

Otro autor se refiere al capital social “como una suerte de ‘recurso moral’ que sirve como instancia de creación de una red de valores, normas, instituciones y reglas de

conducta capaces de fomentar las relaciones económicas cooperativas” (Ferullo, 2004, p. 8). En esa dirección también, Colombo afirma que el capital social alude a los lazos existentes entre individuos de una comunidad (Colombo, 2007), mientras que para Kliksberg los elementos básicos que integran el concepto de capital social serían el clima de confianza existente entre los miembros de una sociedad, el grado de asociatividad, el nivel de “conciencia cívica” (Kliksberg, 2001).

Así, un número importante de investigadores considera al capital social como un concepto asociado, en el marco de una economía de mercado, a la solidaridad y la voluntad de ayudar a otras personas. Se afirma que el capital social puede producir acciones de cooperación o de apoyo, las que serían mutuamente beneficiosas para las partes intervinientes ya que podrían gozar de un flujo mayor de beneficios. En ese proceso, se destaca la importancia de las redes ya que, según afirman estos autores, transforman el capital social latente en efectivo: al haber puntos de coincidencias y valores afectivos creados entre los miembros de una red, toda persona nueva que se suma a la misma puede beneficiarse (Robison *et al.*, 2003).

Sin embargo, en la década de 1990, a medida que se consolidaban las reformas económicas regresivas y generaban enormes problemas de empleo y un mayor deterioro social, fueron adquiriendo mayor peso las teorías de inspiración neoliberal, que vincularon el concepto de capital social con ciertas capacidades y competencias, que las personas, de un modo individual, debían esforzarse por adquirir, para poder lograr mejoras en su situación laboral y social (véase Robison *et al.*, 2003; Uphoff, 2003). Se transmitía la idea de que las dificultades laborales podían resolverse a través de un esfuerzo y mérito individual, proceso en el que la adquisición de capital social era importante.

Muchos de estos estudios eran fomentados por distintos organismos internacionales (CEPAL, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.), que buscaban desvincular la creciente pobreza de las transformaciones regresivas que atravesaba la economía y el mercado de trabajo.

En los primeros años de la década de 1990, estos organismos internacionales, como el Banco Mundial o el FMI, hacían hincapié en el crecimiento y la estabilidad económica que se había conseguido en distintos países de América Latina. Problemas como el desempleo, la distribución desigual del ingreso o la pobreza, se irían resolviendo al dejar actuar con libertad al mercado y, con el tiempo, el aprovechamiento eficiente de los recursos generaría un crecimiento que iría paulatinamente mejorando las condiciones de vida del conjunto de la población a través de un “efecto derrame”.⁹

Con el correr de los años se hizo evidente que lo del “efecto derrame” era parte de una orientación que buscaba lograr mayores desregulaciones, liberalizaciones y competencia en una economía de mercado, cuyas consecuencias obvias fueron un significativo deterioro en las condiciones laborales y sociales. Entonces los organismos internacionales comenzaron a hablar de crecimiento y equidad. No se debía modificar la llamada política económica neoliberal, sino que había que atender ciertos problemas

⁹ Incluso en la mayoría de los ámbitos académicos vinculados al estudio de la economía se transmite la noción de que un mayor bienestar de un sector de la sociedad a costa del empeoramiento de otro grupo aleja al conjunto de una situación de eficiencia y, por lo tanto, no es aconsejable realizar tal modificación. De esa manera, para el pensamiento económico predominante desde hace varios años, “una economía puede ser óptima (...) aun cuando unos estén nadando en la abundancia y otros bordean la indigencia, con tal que no pueda mejorarse a los indigentes sin recortar los placeres de los ricos” (Villarespes Reyes, 2002, p. 231).

sociales que generaba a través de una política social que tuviera otras características. En ese sentido, “el concepto de capital social fue rápidamente asumido en la fundamentación de las estrategias de promoción social. El capital social, utilizado como un concepto innovador, planteó una mirada de los sujetos, familias y comunidades, no desde sus carencias, sino desde sus potencialidades o capacidades” (Arias, 2012, p. 116).

En las características que se le dio a la política social desde fines del siglo XX, las investigaciones de Amartya Sen fueron una importante inspiración. Este economista en sus estudios vinculados al desarrollo, planteaba que la pobreza no estaba solamente vinculada a la carencia de bienes materiales o insatisfacción de necesidades, sino que por sobre todo había que tener en cuenta la ausencia de “capacidades” (habilidades) que imposibilitaban alcanzar un nivel de vida satisfactorio¹⁰. Sus investigaciones contribuyeron a vincular la pobreza con un estado de carencia de bienes socioemocionales, y dieron sustento a la noción de que “la pobreza puede resolverse a partir de la potenciación de las capacidades individuales o comunitarias de los pobres y de las ‘oportunidades’ que brinda un mundo de libertades económicas (Álvarez Leguizamón, 2006, p. 108). En ese sentido, la adquisición de capital social contribuiría a la obtención de bienes intangibles que, según estos autores, serían tan importantes como los bienes materiales

¹⁰ Amartya Sen distingue “los conceptos de ‘capacidades’, ‘realizaciones’ y ‘bienes y servicios’ (...). Realizaciones se refiere a las diversas condiciones de vida (...) que pueden o no ser alcanzadas, mientras que capacidades se refiere a nuestra habilidad para alcanzar dichas condiciones de vida. Una realización es un logro, mientras que una capacidad es la habilidad para lograr” (Sen, 1987, citado por Boltvinik, 1990, p. 8). Según Sen la pobreza está asociada más a la falta de capacidades que a la carencia de bienes y servicios.

para poder lograr salir de la pobreza¹¹. Para el Banco Mundial los bienes intangibles a los que alude Sen serían los activos de capital social, y los incorpora en “una estrategia política y económica para compensar las ‘fallas’ del mercado y el retiro del Estado de sus anteriores responsabilidades” (Álvarez Leguizamón, 2008, p. 137).

El Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre otros organismos financieros, y diferentes profesionales de las ciencias sociales afines al neoliberalismo, le dieron un rol creciente a la estrategia de “generar más capital social”, como parte de los cambios que experimentó la política social de conjunto. En particular, teniendo como sustento teórico los estudios de Amartya Sen (Álvarez Leguizamón, 2006), se vinculó la pobreza con la carencia de capital social de los sectores más vulnerables. Desde esta concepción neoliberal, se plantea que la “ausencia de capital social restringe el acceso de los pobres al capital físico, humano y financiero” (Robison et al., 2003, p. 83).

Se transmitía la noción de que era posible, incentivando potencialidades y capacidades, lograr salir de la pobreza, lo que requería por sobre todo de un esfuerzo individual¹².

11 Incluso en el documento de creación de la Secretaría de Desarrollo Social en 1995, se afirma que “la falta de recursos, de generación en generación, ha ido socavando la integridad del hombre y le han impreso marcas profundas, más difíciles de eliminar que las necesidades materiales y que se refieren a la pérdida de autostima y valores, descreimiento, etc., origen de serias dificultades para desenvolverse en la vida y participar de los beneficios del progreso social y del desarrollo económico. (...) A partir de esta perspectiva, entonces, se entiende por qué los programas asistenciales que sólo tapan urgencias y no generan capacidades son ineficientes...” (Álvarez Leguizamón, 2006, p. 111).

12 Se retomaba en ello ideas del liberalismo, corriente que planteaba que “la pobreza se genera como consecuencia de desajustes en la articulación del mercado, la institucionalidad y

Así, la pobreza no era ya resultado de un proceso que había perjudicado a un sector importante de la población, el resultado de transformaciones económicas y laborales que imposibilitaban alcanzar un nivel de vida digno, sino más bien un estado del que se podía salir con iniciativa y adquiriendo bienes socioemocionales. Es decir, los pobres no abandonaban la pobreza porque no sabían cómo hacerlo más que porque no podían. Se refuerza

[...] una representación de la pobreza que la mira como carencia de iniciativa y capacidad organizativa (considerando que los ciudadanos (...) van a encontrar nuevos incentivos a fin de encontrar por esa vía la solución a sus problemas sociales. La autogestión participativa de la pobreza se materializa en una ‘política de Estado’ (Álvarez Leguizamón, 2006, p. 109).

Se hace reposar la protección social y las situaciones de pobreza en las “energías” autosustentables de los pobres (Álvarez Leguizamón, 2008, p. 136).

Cabe preguntarnos si con la amplia difusión que se dio desde la década de 1990 a la concepción de capital social, se buscaba efectivamente “luchar contra la pobreza”, o habría otros intereses que se debería considerar. El siguiente apartado indaga sobre posibles respuestas a este interrogante.

¿“Luchar” contra la pobreza u ocultar sus causas?

El concepto de capital social que adquirió notoriedad desde los años 90, y que se

la conducta individual” (Espina Prieto, 2008, p. 47), y que todo individuo, teniendo una conducta económica racional, puede alcanzar el bienestar social, ya que “los hombres son iguales y libres, cada individuo forja su propio destino a partir de iguales condiciones y por tanto la pobreza es responsabilidad de los propios pobres” (Guevara, 1981, p. 8).

analizó en el apartado anterior, tuvo amplia difusión como una herramienta válida contra la pobreza, lo que llama la atención ya que, al mismo tiempo, es un concepto que no alude –y hasta cierto punto oculta– a los procesos que explican el incremento en el número de pobres que hubo desde las últimas décadas del siglo XX.

El concepto de capital social analizado posee un carácter asistencial, focalizándose en la persona y no en el conjunto. Se propone mitigar las manifestaciones extremas de la diferencia social, sin alterar la estructura que genera la desigualdad (Arias, 2012). En efecto, “no sería la economía, a través del empleo, la que operase el rescate de los caídos, sino la política asistencial la que los “mantuviese” lo mejor posible” (Falappa y Andrenacci, 2009, p. 56). Se busca “compensar” el deterioro social que generan las transformaciones regresivas en la estructura productiva y el mercado de trabajo, pero sin cuestionar esos cambios que forman parte de la dinámica que caracteriza al capitalismo.

El capital social forma parte de las propuestas en las que hay una “ausencia de cuestionamientos al modo de cómo se organiza la estructura social en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas” (Pérez Rubio, 2006, p. 22). Es claro, como se analizó en los primeros apartados del artículo, que la pobreza es una problemática ligada a los cambios regresivos en la estructura económica y su impacto en el mercado de trabajo. El desempleo, el deterioro del salario real, las relaciones laborales precarias, la subocupación, son características de los mercados laborales. Sin embargo, ninguno de estos procesos económicos y laborales es puesto en cuestión por quienes sugieren como salida a la pobreza aumentar el capital social. Hay un esfuerzo por desvincular las condiciones de producción y empleo, de las condiciones de reproducción o subsistencia, legitimando “propuestas tendientes a lograr ‘empleos a cualquier precio’ (...)

caracterizados por su alto grado de precarización y condiciones de trabajo deficitarias” (Pérez Rubio, 2006, p. 18). Neffa afirma que la importancia creciente que se da al capital social tiene por objeto estimular la generación de empleos e ingresos por la vía del apoyo a las actividades informales y a los micro-emprendimientos productivos, y advierte que

[...] el contenido implícito de dichas políticas (deja) de lado y (desalienta) la creación sistemática de empleos asalariados estables, tanto en el sector público (para no generar déficit fiscal) como en el privado. (...) Se (trata) de políticas asistenciales y pasivas de empleo, que (actúan) sobre la oferta de fuerza de trabajo para disminuirla y de esa manera reducir las tensiones en el mercado de trabajo (Neffa, 2005, p. 201).

No solo no se tiene en cuenta los cambios regresivos experimentados por el mercado de trabajo, sino que se atribuye la responsabilidad de las dificultades laborales a los sujetos, difundiendo la noción de que adquiriendo “capacidades” podrán resolverlas. Incluso, se legitima la idea de que el éxito y el fracaso en la vida ocupacional dependen del esfuerzo y del mérito individual, lo cual convierte en individuales las desigualdades sociales existentes.

En línea con lo mencionado anteriormente, Falappa y Andrenacci explican que quienes impulsaron los cambios en la política social, dándole un carácter asistencial y focalizado, otorgaron desde los años 90 un rol protagónico a las ONGs y organizaciones comunitarias en el desarrollo de “capital social” y redes capaces de “empoderar” a la sociedad civil. La política social del Estado, afirman estos autores, se enfocó en “múltiples programas (que) brindaron formas de supervivencia sustitutas al empleo al costo más bajo posible” (Falappa y Andrenacci, 2009, p. 56).

Muchos de esos programas que conforman la política social desde la década de 1990, tienen como fuente de financiamiento los

organismos financieros internacionales. La política de estas instituciones es reducir el gasto social, en pos de que los recursos del Estado sean destinados al pago de la deuda externa, a sostener las políticas de desregularización y liberalización de los mercados, a realizar los cambios necesarios para insertar la economía en el mercado mundial como exportadores de productos primarios y de poco valor agregado, a sostener la expansión del sector financiero. Por lo tanto, los fondos destinados a financiar el gasto social son insuficientes para garantizar un nivel de vida adecuado a los sectores pobres de la población, condenándolos a subsistir, mediante programas sociales o de empleo impulsado por el Estado, en niveles mínimos básicos (Álvarez Leguizamón, 2008). Prácticamente en su totalidad, los montos que se perciben por estos planes y programas están por debajo del valor de la canasta básica de bienes y servicios, e incluso la mayoría, por debajo del valor de la canasta básica de alimentos. De ese modo, se hace prácticamente imposible cubrir las necesidades que existen en relación a la vivienda, la alimentación, el trabajo, la salud o la educación, condenados a vivir en el límite de la supervivencia (Falappa y Leguizamón, 2009).

En síntesis, se plantea que la vía para salir de la pobreza consiste en desarrollar un esfuerzo personal que posibilite alcanzar mayor capital social entendido como capacidades y bienes socioemocionales, ocultando que ese “esfuerzo individual” se debe realizar en un contexto caracterizado por significativas transformaciones regresivas de la economía, un pronunciado deterioro laboral, y profundas desigualdades en las relaciones sociales. De esa forma, se omite hacer hincapié en los procesos causales de la pobreza, y se busca atenuar el deterioro de las condiciones de vida con una política social que no posee un financiamiento adecuado, y que ha desplazado la responsabilidad sobre varias de sus funciones, del Estado a las ONGs y otras organizaciones de la comunidad.

Reflexiones finales

La pobreza está vinculada al capitalismo. En sus comienzos, fue un instrumento utilizado para forzar a los trabajadores a que acepten ser asalariados en las fábricas, mediante una severa reducción de la ayuda y asistencia a quienes se negaran a ser explotados. A su vez, la masa creciente de asalariados también estaba condenada a precarias condiciones de vida debido a los bajos salarios y las terribles condiciones laborales que debían soportar.

Si bien con el tiempo hubo cierta mejora social, en gran parte fruto de intensas luchas de la clase trabajadora, es claro que el desempleo es parte del actual sistema económico. El capital requiere de la superpoblación sobrante, utilizándola como potencial competencia para presionar a los trabajadores ocupados para que acepten una mayor precarización en las condiciones de trabajo. A su vez, el ejército de reserva industrial permite a los capitalistas incrementar la ocupación si lo requiere una fase de expansión económica, de tal forma de garantizar la máxima valorización del capital.

En ese sentido, “son claras las limitaciones del mercado de trabajo (...) para incorporar al conjunto de la fuerza laboral en condiciones que permitan la satisfacción de las necesidades” (Grassi, 2013, p. 17). Al estar ligados la desocupación y el deterioro laboral a la dinámica del capitalismo, la pobreza persiste afectando a miles de millones de personas en el mundo.

En las últimas décadas del siglo XX quedó en evidencia una vez más, que la competencia entre capitalistas provoca un enorme salto en la productividad laboral, como consecuencia de las innovaciones tecnológicas y cambios en la organización de la producción. Se trata de un proceso que provoca la quiebra de empresas y productores que no pueden competir, y una

mayor concentración y centralización del capital. Como consecuencia, se agravan notablemente los problemas de empleo, en particular la desocupación: la reducción en la demanda de fuerza de trabajo torna cada vez más difícil conseguir un empleo, tanto para aquellos que habían tenido un empleo en el pasado como para los que se incorporaban recientemente a la población activa. La reducción de la jornada de trabajo, que podría ocurrir como consecuencia del aumento de la productividad laboral, se torna inviable en los marcos de las relaciones sociales de explotación que caracterizan al capitalismo.

Las transformaciones económicas regresivas acontecidas desde las últimas décadas del siglo XX (liberalización y desregulación de los mercados, privatizaciones, fomento del sector financiero en detrimento del sector industrial, crisis de actividades agropecuarias tradicionales orientadas al mercado interno, flexibilización laboral, etc.) y el deterioro laboral que generaron, explican el notable incremento de la pobreza de las últimas décadas. Sin embargo, en pos de legitimar esos cambios, desde los organismos internacionales y sectores afines a la orientación neoliberal, buscaron instalar la noción de que la “lucha” contra la pobreza no pasaba por revertir los cambios que experimentaron las economías y los mercados de trabajo, sino que, en ese nuevo contexto, la adquisición de capital social era un instrumento que permitiría a los pobres salir de su crítica situación social.

Diferentes teóricos afines a la perspectiva neoliberal difundieron la idea de que los sectores vulnerables podían salir de la pobreza mediante la adquisición de capital social. Es decir, afirmaban que no había una imposibilidad vinculada a los cambios experimentados por la economía o el mercado de trabajo, sino más bien una falta de capacidades e iniciativas. Los pobres, afirmaban, mediante un esfuerzo individual,

estimulando sus potencialidades y adquiriendo bienes socioemocionales, podrían salir del estado en el que se encuentran.

Es claro que las propuestas de aumentar el capital social realizadas por estos sectores afines a las llamadas políticas neoliberales, tenían por propósito desvincular la pobreza de los procesos que la generaban, buscando así legitimar las transformaciones regresivas tanto económicas como laborales.

Importa señalar que entre el capital social y los bienes materiales que permitirían alcanzar un nivel de vida digno (salud, educación, alimentación, vestimenta, vivienda, etc.), no existe una relación directa. Si bien hay personas que logran mediante un esfuerzo individual o adquiriendo ciertas capacidades mejorar su situación social, lo cierto es que la dinámica del sistema económico capitalista expulsa al campo de la desocupación, la precarización laboral y la pobreza, en el mismo período de tiempo, a una población mucho mayor.

Al poner el acento en las potencialidades, iniciativas, y el esfuerzo individual que las personas deberían realizar para salir de la pobreza, se está haciendo abstracción de las relaciones sociales de producción y los cambios regresivos que experimentaron desde las últimas décadas del siglo XX. Al no asumir una postura crítica frente a las reformas económicas señaladas y el deterioro laboral que generan, el paradigma del capital social contribuye al mantenimiento del actual orden económico y, por lo tanto, no puede representar una solución frente a las desigualdades y al empobrecimiento que se derivan del mismo.

Bibliografía

— Álvarez Leguizamón, S. (2006). “La invención del desarrollo social en la Argentina: historia de “opciones preferenciales por los pobres”. En L. Andrenacci (Comp.), Pro-

blemas de política social en la Argentina contemporánea (pp. 81-124). Buenos Aires: Prometeo Libros y Universidad Nacional de General Sarmiento.

— Álvarez Leguizamón, S. (2008). *Pobreza y desarrollo en América Latina*. Salta: Universidad Nacional de Salta.

— Arias, A. J. (2012). *Pobreza y modelos de intervención: Aportes para la superación del modelo de asistencia y promoción*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Espacio Editorial.

— Bauman, Z. (2005) [1998]. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa editorial.

— Becaria, L. A. (2007). “Pobreza”. En S. Torrado (Comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX, Tomo II* (pp. 541-572). Buenos Aires: Edhasa.

— Boltvinik, J. (1990). *Pobreza y necesidades básicas. Conceptos y métodos de medición*. Caracas: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNDU).

— Colombo, J. A. (2007). “La pobreza como categoría económica”. En J. A. Colombo (Ed.), *Pobreza y desarrollo infantil. Una contribución multidisciplinaria* (pp. 33-55). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

— Espina Prieto, M. P. (2008). *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*. Buenos Aires: CLACSO.

— Falappa F. y Andrenacci, L. (2009). *La política social de la Argentina contemporánea: 1983-2008*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional y Universidad Nacional de General Sarmiento.

— Féliz, M. y Neffa, J. C. (2006). “Acumulación de capital, empleo y desocupación. Una introducción a la economía del trabajo en las obras de Marx”. En J. C. Neffa (Dir.), *Teorías económicas sobre el mercado de trabajo: I.*

Marxistas y Keynesianos (pp. 15-73). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

— Feres J. C. y Mancero, X. (2001). “Enfoques para la medición de la pobreza. Breve revisión de la literatura”. En CEPAL, *Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos N° 4*. Santiago de Chile, Chile: CEPAL. Recuperado de <http://hdl.handle.net/11362/4740>.

— Ferullo, H. D., Isgro, CH. A. y Pérez, A. (1999). “El desempleo en Tucumán: algunas características descriptivas (1990-1998)”. *Propuesta*, (5), pp. 34-41.

— Ferullo, H. (2004). “Capital social y crisis económica argentina”. *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, (59), pp. 07-21.

— Grassi, E. (2013). “La cuestión social y la cuestión de la pobreza”. *Voces en el Fénix, Año 4* (22), pp. 10-17.

— Guevara, J. (1981). *La pobreza en América Latina*. Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos.

— Harvey, D. (1998) [1990]. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

— Hobsbawm, E. J. (1997) [1962]. *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.

— Kliksberg, B. (2001). “América Latina: una región en riesgo. Pobreza, iniquidad e institucionalidad social”. *Revista de Ciencias Sociales*, (12), pp. 85-143.

— Lindenboim, J. (2005). *El reparto de la torta. ¿Crecer repartiendo o repartir creciendo?* Buenos Aires: Capital Intelectual.

— Lindenboim, J. (2006). “Salarios y mercado interno”. *Le Monde diplomatique, Año VII* (85), pp. 4-6.

— Lo Vuolo, R., Barbeito, A. Pautassi, L. y Rodríguez, C. (2004). *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: Ciepp - Miño y Dávila.

- Maza Zavala, D. F. (2003). Explosión demográfica y crecimiento económico: una relación crítica. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Méndez, R. (1997). Geografía Económica. La lógica espacial del capitalismo global. Barcelona: Ariel S. A.
- Navarro, V. (1998). Neoliberalismo y Estado del bienestar. Barcelona: Ariel Sociedad Económica.
- Neffa, J. C. (Coord.) (2005). Actividad, empleo y desempleo: conceptos y definiciones. Capital Federal: Miño y Dávila.
- Neffa, J. C. (2005). “Pobreza y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe”. En S. Álvarez Leguizamón (Comp.), Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores (pp. 193-207). Buenos Aires: CLACSO.
- Panaia, M. (2000). “El impacto de la crisis fiscal en el trabajo en negro: las provincias de noroeste argentino”. *Sociologías*, Año 2 (4), pp. 306-353.
- Pérez Rubio, A. M. (2006). “Acerca de la exclusión y otras cuestiones próximas”. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, (2), pp. 5-27.
- Ramos, A. (2004). “Carlos Marx ya lo había dicho”. *Le Monde diplomatique*, año V (56).
- Rapoport, M. (2000). Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000). Buenos Aires: Macchi.
- Robison, L. J., Siles, M. E. y Schmid, A. A. (2003). “El capital social y la reducción de la pobreza: hacia un paradigma maduro”. En Atria, R., Siles, M., Arriagada, I., Robison, L. J. y Whiteford, S. (Comp.), Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma (pp. 51-113). Santiago de Chile: CEPAL y Universidad del Estado de Michigan.
- Salvia, A. (2007). “Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica. Un campo abierto a la investigación social y al debate político”. En A. Salvia y E. Chávez Molina (Comp.), Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina (pp. 25-65). Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Seiffer, T. y Arakaki, A. (2019). “Pobreza”. En I. Llovet y P. Scarponetti (Eds.), Estudio sobre condiciones de vida en la Argentina contemporánea (pp. 217-259). Buenos Aires: CLACSO.
- Uphoff, N. (2003). “El capital social y su capacidad de reducción de la pobreza”. En Atria, R., Siles, M., Arriagada, I., Robison, L. J. y Whiteford, S. (Comp.), Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma (pp. 115-145). Santiago de Chile: CEPAL y Universidad del Estado de Michigan.
- Villarespe Reyes, V. (2002). Pobreza. Teoría e historia. México, D. F.: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Autónoma de México.